

—¿Y si la salud del señor Duval reclama su permanencia á su lado?

—No; porque aunque no está, como antes dije, fuera de peligro, tampoco se halla en un estado que necesite una continua asistencia del médico.

—Comprendo. ¿Y no tiene vd. que comunicarme otra cosa?

—Por ahora, nada me ocurre.

—Pues hasta mañana, doctor.

—Hasta mañana, mi buen amigo.

Y despues de apretarse la mano, salió el que habia entrado, quedándose Willey saboreando la esperanza de apoderarse al siguiente dia de la mujer que estaba destinada á ser la esposa de Rafael.

CAPITULO XVII.

Entre las flores el áspid.

Ha trascurrido un dia desde que vimos á Ernesto penetrar en la pieza en que se hallaba el padre Enrique.

En el pueblo de Culucacá se advierte el mismo movimiento y no menor gentío.

A las ceremonias del Juéves, siguen las del Viérnes Santo, en que los indios presentan en sus costumbres al observador cosas muy curiosas y originales, dignas de ser conocidas. Costumbres que, como otras veces hemos dicho en esta obra, son enteramente distintas de las de todos los demas habitantes del país, de quienes los indios se encuentran separados, y como formando

una sociedad extraña al resto de la nación: costumbres tan curiosas para los mexicanos de las villas y ciudades, como para los extranjeros.

Son las once de la mañana.

El día está limpio y sereno.

Los indios llenos de afán, y cumpliendo con las órdenes del que los dirige, colocan en medio del átrio de la iglesia el púlpito en que ha de predicar el cura al aire libre, para que le pueda oír todo el mundo, el sermón de *las tres caídas*.

El átrio y los sitios próximos á él están apretados de gente de ambos sexos, que se rebulle como las tranquilas olas de un mar bonancible en un día sereno en que el lánguido viento apenas osa halagar la blanca lona de las veleras naves.

Los indios han dejado sus chozas para asistir al sermón, y ellos por oír, y las personas de la capital por observar, se apiñan al rededor del púlpito, formando un cuerpo compacto impenetrable.

—Quieren vdes. que busquemos otro si-

tio donde la gente no les moleste á vdes. tanto?

Dijo un caballero elegante á un señor de avanzada edad y á dos señoras, anciana una, y jóven y hermosa la otra.

—No: estamos bien, Rafael:—dijo la última sonriendo dulcemente:—solo que papá y mamá dispongan otra cosa.

—No:—contestó la anciana:—deseamos verlo todo, y este es un sitio el mas á propósito.

—¡Y tú—agregó la hermosa en voz baja dirijiéndose á Rafael—estás bien?

—A tu lado, querida Luz, todos los sitios son la gloria, y en la gloria todos están bien.

—Igual cosa me pasa á mí.

—El amor, encantadora Luz, tiene la virtud de embellecerlo todo. Los ojos de los amantes tienen la propiedad de revestir los objetos del seductor encanto que rodea constantemente el objeto amado: para ellos no hay día nublado, porque los divinos ojos del sér que idolatran son la brillante luz que les ilumina: ni hay sol abra-

sador, porque el Amor extiende sus alas sobre ellos y se cierne sobre sus cabezas para prestarles protectora sombra: los sitios mas áridos y repugnantes para el resto de los vivientes, son bellísimos jardines impregnados de aromas, cuyas lindas flores son los nacarados labios del celestial objeto que divinizamos; su aliento el dulcísimo aroma que deleita embriagando, y su armoniosa voz el canto de las aves, el murmurio de las fuentes y el de las verdes ramas de los árboles acariciadas por el dulce viento. Para ellos no hay sitios solitarios, porque todo lo llenan con el objeto de su amor, que es su mundo, su sociedad, su paraiso y su gloria.

Y Rafael estrechó entre sus manos la blanca y torneada de su amada, que le envió una de esas dulcísimas miradas en que exprime el alma todo su amor, y que no hay en el idioma humano palabras que puedan expresar.

Luz y Rafael eran los seres mas felices del mundo.

La primera era una flor purísima, abrien-

do sus delicados pétalos al primer rayo de la brillante aurora, y mecida por las auras de un risueño porvenir, que le prestaba una gracia, una vida, un hechizo y un brillo indefinibles.

Era una de esas vaporosas ninfas de la mitología, de irresistible encanto, que parecen suspendidas entre el cielo y la tierra: una de esas jóvenes que reúnen en sí solas la gracia y la pureza de los ángeles, la dulzura de la infancia y el juicio de la virilidad.

La benévola naturaleza la habia engalanado con sus mas exquisitos dones, y la educacion religiosa habia comunicado á sus naturales hechizos, ese matiz espiritual y tierno, ese colorido místico, esa pudorosa dulzura, esa gracia suave y angelical que envuelve á la mujer en una luz de resplandores celestiales, y que esparce al rededor de sí ese suavísimo perfume que se desprende de todo su sér, como se desprende de la fragante y púdica sensitiva el regalado aroma.

Rafael reunia á la belleza varonil la afa-

bilidad y la modestia: era fino sin afectacion y elegante sin pedantería.

Enriquecido su despejado entendimiento con una vasta instruccion, pero instruccion basada en los sólidos y rectos principios de una educacion religiosa, sus acciones y sus pensamientos llevaban el sello de la honradez y de la moral mas pura, y sus resoluciones y sus palabras, iban ajustadas siempre á la virtud mas noble.

Eran dos seres digno el uno del otro; de idénticas inclinaciones, de idénticas ideas.

Llamados á vivir el uno para el otro, tiempo hacia que el himeneo hubiera unido dos almas, que ya lo estaban por la voluntad, si la fatalidad no hubiera interpuesto entre ellos al doctor Willey que, vendiéndose por amigo de Rafael, y amenazando á Luz, habia logrado, hasta entonces, retardar el enlace, influyendo con el gobierno para que no alzasen el destierro al padre de la jóven.

Pero ese motivo habia desaparecido ya, y la union se iba á celebrar dentro de bre-

ves dias á despecho del doctor que disimulaba su rabia, fingiendo un placer intenso.

Pero entre tanto que nuestros dos jóvenes, sin sentir los rayos abrasadores del sol se entregan á un diálogo lleno de amor, de ternura y de esperanza, la multitud se agolpaba al sitio en que se habia colocado el púlpito.

El cura del pueblo, que pertenecia á la raza india, se habia colocado ya en el púlpito, puesto, como hemos dicho, en el átrio de la iglesia, y la gente se apiñaba para oírle.

Bueno será advertir que los indios son tan enemigos á toda innovacion en sus sencillas costumbres, que jamas han permitido que los curas les hiciesen celebrar estas fiestas religiosas con la magestad con que se celebran en la hermosa capital de México.

Ellos creen que es mas edificante presentar de bulto todos los pasos de la Pasion, y no transigen con las observaciones ni con los consejos de las personas que opinan de otra manera.

Los curas, pues, conociendo que todos los argumentos que les pongan, se estreñan en la resistencia que oponen á admitir cambio alguno en la manera de celebrar sus fiestas religiosas, se ven precisados á obsequiar sus costumbres, puesto que éstas en nada ofenden á la religion.

Obrar de otra manera seria pasar á los ojos de los sencillos indios por irreligioso y mal cristiano.

El cura, encargado de la funcion que nos ocupa, respetando las ideas de sus feligreses, se subió al púlpito, colocado, como hemos dicho, en el átrio de la iglesia.

A las primeras palabras que pronunció de su sentimental discurso, los indios empezaron á gemir y llorar con todas sus fuerzas, en tanto que los que remedaban á los fariseos, cubiertos sus rostros con horrendas caretas de ordinario carton, llevando sus cabezas resguardadas con cascotes de hojalata, y en las manos, pesadas y largas lanzas, se paseaban con arrogante insolencia, y haciendo mil visajes ridículos, por en medio de la multitud, profiriendo

horrendas blasfemias para imitar á los verdaderos judíos, y hacer su papel con la mayor propiedad posible.

—¡Cómo me *cuadran* á mí estas *divirsiones*, padre Enrique.—Decia un labriego al modesto sacerdote de quien hablamos en otro capítulo.—Se me *afigura* que me *ja*yo en el *mesmo* sitio donde *jué* la historia de las tres caidas.

—¿Y llamas *diversion*, Pablo, á uno de los pasos mas tiernos de nuestra redencion? ¿al momento augusto en que el Salvador va á morir por nosotros?

—No quise decir *divirsion* de divertimento y de *jarana*, sino *divirsion* de... pues.... Esto es, que me *cuadra* asistir á estas *cerimonias* religiosas de los *naturales* (1).

—Eso es muy laudable, si se hace con objeto de sacar buen provecho de ellas.

—Eso *por de contado*: ¿no ve su merced, padrecito, que no se puede oir estos sermones sin que *de al tiro* no se le rueden á uno las de S. Pedro? ¿No *devisa* su merced

(1) Nombre que dan á los indios.

que no hay uno que se tenga *celeste* (1), y que todos los *naturales* lloriquean á cual mas y mejor?

Y era cierto lo que Pablo decia.

Los indios de ambos sexos, como tienen de costumbre cuando escuchan el sermón de *las tres caídas*, lloraban á lágrima tendida y sollozaban á grito en cuello, en tanto que los que hacían de fariseos se mantenían serios y severos.

—Al que no *deviso* en toda la concurrencia de los concurrentes que han concurrido—dijo Pablo—es aquel joven *güero* (2) que vino ayer á ver á su merced.

—¿A D. Ernesto?

—Sí, padrecito.

—Tampoco le he visto yo, y eso me tiene con cuidado.

—Yo creo que el *probe asigun* le *vide* anoche, está desesperado.

—¿Cómo!

—Como su merced le puso la cama en mi *mesmo* cuarto, se estuvo hasta la una

(1) Sereno.

(2) Rubio.

sentado junto á la mesa en que ardía la vela, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, dando suspiros y *preunciando* palabras *intercaladas* que....

—Pero ¿qué decia en esas palabras entrecortadas?

Preguntó el sacerdote sobresaltado.

—Pues decia: “¡yo os he matado....! ¡soy un infame...! ¡Esposa... hija mia...! ¡La vida me es insoportable...! ¡todos se horrorizan al verme...! ¡Ah...! ¡yo no puedo vivir así...! ¡es mejor la muerte!....” y otra *máquina* de cosas por ese *chisgo*, que la verdad me daban miedo.

—¿Qué escucho!....

Exclamó el padre Enrique.

—Como me creía dormido—continuó Pablo—se entregaba con toda libertad á sus *afeiciones*; y yo que le estaba *desaminando* todos sus movimientos, pude *alvertir* en sus *faiciones* una *contraicion* espantosa.

—¿Y despues?

Preguntó con ansiedad el sacerdote.

—*Dempues* se puso á *pasiar* por el cuarto sin que *prevase* un instante de las dulzu-

ras del *Moro-Feo*, como decia mi amo D. Miguel.

—Sí;—exclamó el padre Enrique con profunda tristeza;—Morfeo no favorece á los que están dominados de la pasión del juego. Ese infeliz tal vez atenta contra su vida: yo le ví feliz y contento cuando se unió á la tierna jóven que amaba: yo fuí el ministro que bendijo su enlace, y que poco despues dió sepultura á su desdichada esposa y á una inocente niña, víctimas ambas del hambre y del abandono de ese desventurado. Por eso vino ayer á verme; á pedirme una cantidad que yo creí prudente negársela, sabiendo el mal uso que iba á hacer de ella, y le ofrecí mi casa y mi pobre mesa para que viviera en ella como si fuese un hermano mio.

—Sí, pero él lo que queria era dinero, como que se lo pedia á su merced con un afan sin ejemplo.

—¡Cómo!.... ¿Lo oiste tú acaso?

—¡Vaya!.... Hablaba tan alto y con tanto calor, que yo al escuchar las voces de él y de su merced desde mi cuarto, creí que le

sucedía á su merced algun *sucedimiento*, y me acerqué á observar lo que pasaba por la cerradura de la llave.

—¡Y viste....

—Ví á ese jóven, fuera de sí, decirle á su merced que le diese dinero, porque necesitaba jugar para olvidar sus penas y sus remordimientos, y ví que al negarle su merced lo que anhelaba, tratándole de disuadirle del crimen que cometía con volver al juego donde había labrado su desgracia, originando la muerte de su esposa y de su hija, sacó desesperado un puñal para herirse, pero no pudo descargar el golpe sobre su corazon, porque su merced logró contener su brazo.

—¡Ah!.... sí; Dios me dió fuerza para impedir un horrible suicidio.

—Yo me habia dispuesto á entrar al ver que se iba á herir; pero al notar que su merced le habia detenido el golpe, me quedé observando.

—Entonces presenciarias que, pasado aquel vértigo, y escuchando mis palabras, se echó arrepentido á mis piés, pidiendo

que le perdonase; que habia sido un exceso de locura, de desesperacion, al considerarse criminal y desgraciado: que no hallando mas que en el juego distraccion á sus penas, y no teniendo nada, ni amigo ninguno sobre la tierra, habia concebido la criminal idea de deshacerse de una vida que no podia soportar.

—Todo eso lo oí *perfectamente*; pero su merced calla otra cosa muy terrible que dijo.

—¿Cuál?

—Que al salir de Mexico habia resuelto arrancarle á su merced, por fuerza, una cantidad de dinero, si no se la daba vd. en calidad de préstamo; pero que al presentarse á su merced, desechó horrorizado aquella idea que le habia venido ocupando en todo el camino.

—Sí: el desgraciado habia proyectado, en su desesperacion, amenazarme para alcanzar lo que deseaba; pero su corazon que no ha perdido sus sentimientos religiosos, arrojó de sí aquel fatal pensamiento y abrazó el no menos terrible de suicidarse

para no verse dominado en lo sucesivo de ninguna idea criminal.

—¡Probe jóven!

—Muy pobre, sí: yo le ví, arrepentido del pasado, llorar la muerte de su esposa y de su inocente hija; maldecir el instante en que penetró en las casas de juego, y pedir que le perdonase el criminal pensamiento que le habia traído á verme.

—Todo lo escuché tambien yo, escondido detras de la puerta; y por eso cuando noté que estaba tranquilo y que su merced guardó el puñal, me retiré á mi cuarto.

—Pero tú me has dicho que despues, mientras te creia dormido, pronunció palabras de muerte, y que estuvo en vela toda la noche.

—Es verdad.

—Y eso me hace temer que, dominado de nuevo por la desesperacion, haya atentado contra su vida.

—Pues ¿qué, no *almitió* la proposicion que le hizo su merced de darle casa y mesa constantemente, y de auxiliarle con cuan-

to necesitase, si se resolvía á vivir con su merced.

—No.

—¿Pues qué dijo?

—Me contestó que me daba las gracias y que resolvería. Despues se despidió de mí para retirarse al cuarto en que le habia dispuesto la cama; y cuando esta mañana pregunté por él, me dijeron que habia salido muy temprano, sin desayunarse, sin que haya vuelto hasta ahora.

—Tan temprano debió irse, que yo, cuando desperté, ya se habia marchado.

—¿Y no se habrá ido á México?

—No; porque yo he preguntado si ha salido alguna canoa, y me han dicho que *ninguna*.

—¿Estás seguro?

—Tengo *satisfacion* de la persona á quien pregunté.

—¡Ah!.... pues es preciso buscarle por todas partes: yo empiezo á temer por su vida.

—Pues mientras su merced, padrecito,

va por un lado, yo me voy por otro á ver si así lo *jayamos*.

—Está bien.

—¿Y qué ha resuelto su merced, padrecito, *respeito* á la ida á Texcoco?

—Despues hablaremos de eso: por ahora no pensemos mas que en Ernesto.

Y el sacerdote y Pablo se separaron, dirigiéndose por distinto rumbo en busca del desgraciado jóven.

En aquel momento los indios que escuchaban el sermón, lloraban como Magdalenas.

—Ya sale, ya sale la *procion*.

Gritó la multitud.

Entonces todos los ojos se fijaron en un punto.

Y en efecto; en la puerta de la iglesia se dejó ver la procesion que salia del templo para recorrer las calles.

En unas andas llevaban á Nuestro Señor con la cruz á cuestas, ayudado de Simon Cirineo, que lo hacia un indio que iba en mangas de camisa, calzon corto, verde, que se le quedaba mas arriba de la rodilla, des-

nuda la pierna y descalzo, pero tan sério como si efectivamente fuera una escultura. Detras iban amarrados, codo con codo, el *bueno* y el *mal ladron*, representados tambien por dos indios que marchaban con la misma seriedad que el primero, y que estaban tan poseidos del papel que desempeñaban, que hubieran subido al Calvario á recibir la muerte, antes que hacer traicion al carácter de los personajes que imitaban. Al salir de la puerta de la iglesia, dió el Señor, que era de goznes, la primer caída, y la gente lloraba al verle caer y al escuchar las tiernas palabras que desde el púlpito pronunciaba el predicador. La segunda caída tuvo lugar al pasar el umbral del átrio, seguida de nuevas exclamaciones del cura y del copioso llanto, acompañado de gritos de los indios; pero cuando se acercó el momento de la tercer caída, y advirtió el predicador que la Santísima Virgen aun no parecía para el encuentro, exclamó interrumpiendo su sermón: "¿A qué hora traen á la Madre de Dios? Que anden á prisa esos que conducen á la Santísima Virgen, que

ya es hora de que se encuentre con su Divino Hijo.

Al oír estas palabras, los que por otra calle conducian á la Reina de los cielos, apresuraron el paso, y al encontrarse con Jesucristo, los que cargaban las andas, hicieron que los rostros de ambos se inclinasen sobre el pecho en señal de tristeza, siguiendo despues cada cual su camino, no sin que les acompañase el llanto y los gemidos de todos, excepto los fariseos que se paseaban con altanería.

Inmediatamente, y cuando aun no acababan de enjugar las lágrimas, se presentó en un caballo blanco, vestido de romano, el *pregonero*, como dicen los indios, llevando en la mano un papel con la sentencia dada por Pilato, y acercándose al púlpito se lo entregó al cura, el cual, despues de leerlo, dijo al auditorio, que Jesucristo iba á morir entre dos ladrones por todos los pecadores.

Estas palabras arrancaron copioso llanto de los sencillos indios, y el sacerdote de volvió el papel al romano, quien, abrien-

dolo, y mostrándolo al pueblo, dijo en alta voz: "Esta es la sentencia en que Pilato manda que á Jesus Nazareno se le dé muerte de cruz."

Aquí fueron en aumento los gemidos, y la ceremonia continuó acompañada siempre del inmenso gentío que de todas partes habia concurrido.

La hermosa Luz estaba admirada de la sencillez y religiosidad con que los indios celebran aquel dia grandioso de la cristiandad.

Y en efecto; en ningun pueblo se advierte la devocion y respeto que se nota en los cortos lugares habitados por los indios.

Pero ya que he tocado la descripcion del Viernes Santo, no quiero pasar en silencio una anecdota que, bien se refiera á un hecho cierto, ó bien sea una ficcion, viene, de todas maneras, á dar á conocer el sencillo corazon del indio mexicano, y las inocentes costumbres de esa raza agena á la ambicion y á las revoluciones.

Queriendo el cura de un pueblo de in-

dios, nacido en el mismo lugar, conmovió á sus paisanos en un sermón que habia dispuesto para el Viernes Santo, encargó á dos indígenas de su confianza, vistieran á Nuestro Señor, que era de goznes, de una manera que conmoviese, para que, cuando en medio del discurso mandase descorder la cortina que ocultaba al Salvador, se conmovieran los oyentes.

Los indios encargados de mision tan delicada, queriendo corresponder dignamente á la distincion con que los habia honrado el cura, discurrieron largo rato sobre la manera con que debian presentar á Jesus; y despues de acalorados debates, resolvieron vestirle de campesino, ó *ranchero*, como se dice en México, pantalon con cuchillos con botonadura de plata, abierto á los lados para montar con libertad á caballo; sombrero de inmensas alas; bordada faja encarnada en la cintura; grandes espuelas; largo látigo en la mano; gran espada al cinto, y colocado sobre un corcel de madera blanco en actitud de galopar.

Empezado el sermón, y cuando el cura